Historias de Verano

Historias de Verano

Historias de mi niñez en casa de mis abuelos

Juan Carlos Reyes Guerrero

*Historias de Verano*

© 2014, Juan Carlos Reyes Guerrero

reygue28!

**Diseño carátula**

Juan Carlos Reyes Guerrero

**Fotografía de portada**

Juan Carlos Reyes Guerrero

ISBN: XXXXXXX

Depósito Legal:

ISBN e-book: XXXXXXX

Depósito Legal e-book:

Impresión y encuadernación:

**autoreseditores**.com

(Quien actúa como impresor y distribuidor)

© Todos los derechos reservados en propiedad intelectual del autor

No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin permiso previo del autor

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

*A mi Madre y hermanos, que sin ellos no habría sido posible esta aventura.*

*Gracias a ti también Tom S.*

Índice

[Capítulo 1 9](#_Toc535263459)

[*Recuerdos* 9](#_Toc535263460)

[Capítulo 2 10](#_Toc535263461)

[*El tiempo de mis abuelos* 10](#_Toc535263462)

[Capítulo 3 12](#_Toc535263463)

[*El bandolero Collazos* 12](#_Toc535263464)

[Capítulo 4 13](#_Toc535263465)

[*El vado de la culebra* 13](#_Toc535263466)

[Capítulo 5 15](#_Toc535263467)

[*La Fiesta de la Virgen* 15](#_Toc535263468)

[Capítulo 6 17](#_Toc535263469)

[*El Secreto de los Chamanes* 17](#_Toc535263470)

[Capítulo 7 19](#_Toc535263471)

[*La Chilangua* 19](#_Toc535263472)

[Capítulo 8 21](#_Toc535263473)

[*El Padre Mera* 21](#_Toc535263474)

[Capítulo 9 26](#_Toc535263475)

[*Perdidos* 26](#_Toc535263476)

[Capítulo 10 28](#_Toc535263477)

[*La Loma del Muerto* 28](#_Toc535263478)

[Capítulo 11 29](#_Toc535263479)

[*La Barra de la Nariz del Diablo* 29](#_Toc535263480)

[Capítulo 12 30](#_Toc535263481)

[*La Vuelta del Chivo* 30](#_Toc535263482)

[Capítulo 13 31](#_Toc535263483)

[*La Historia de Don Cachero* 31](#_Toc535263484)

[Capítulo 14 33](#_Toc535263485)

[*El Salado* 33](#_Toc535263486)

[Capítulo 15 34](#_Toc535263487)

[*La Huaca del Tatarabuelo Angel* 34](#_Toc535263488)

[Capítulo 16 35](#_Toc535263489)

[*Los Aquilinos* 35](#_Toc535263490)

[Capítulo 17 36](#_Toc535263491)

[*La Niña de la Planada* 36](#_Toc535263492)

[Capítulo 18 37](#_Toc535263493)

[*Míster Run* 37](#_Toc535263494)

[Capítulo 19 38](#_Toc535263495)

[*La Vuelta del Chivo* 38](#_Toc535263496)

[Capítulo 20 39](#_Toc535263497)

[*La vieja que cuidaba la plata y no dormía* 39](#_Toc535263498)

[Capítulo 21 40](#_Toc535263499)

[*El cuento de la cucarachita mandinga* 40](#_Toc535263500)

[Capítulo 22 41](#_Toc535263501)

[*La Carne Ahumada* 41](#_Toc535263502)

[Diccionario 42](#_Toc535263503)

# Capítulo 1

# Recuerdos

En una tarde soleada caminando por las montañas de la Vega -Cundinamarca, el sol caía en el horizonte, tarde radiante pero fresca, de colores ocres y brillantes, mirando hacia el cañón del rio La Vega, sus aguas daban destellos de luces de colores, que nostalgia, a mi memoria llegaban los recuerdos de niño cuando en las tardes de verano jugábamos en el rio que pasa cerca de la casa de mis abuelos, tardes en que nuestra única preocupación era que no llegara la noche para no salir de nuestro segundo hogar “el rio”, sus aguas verdes como el guarapo de caña recién molida, nace en la laguna del Azufral o Laguna Verde, enclaustrada en los páramos del Oscurana, antigua vía de a pie y de caballería, por donde se transportada la mercancía de la provincia[[1]](#footnote-1) hacia el güaico[[2]](#footnote-2) y la población de Barbacoas, mucho antes que se construyera la carretera Pasto – Tumaco. Por esa vía transitaban los cargueros, personas guapas de complexión menuda pero fuertes de piel curtida por el sol, el agua y largas faenas, sus pies los calzaban con pedazos de cuero curtido y si traspasaban lodazales, mejor se caminaba a pata limpia. Cargaban más que un caballo según contaba mi tía abuela Rosario López, en su espalda llevaban una arroba. De Pasto o Túquerres trasportaban carne serrana, brazos y muslos del cerdo adobados y curtidos con sal de nitro, enseres y mercancías para el comercio con Barbacoas, de allá sacaban oro y sal, está la traían de Tumaco por el rio Iscuande.

Mucho tiempo después, por el año de 1881 ampliaron el camino de a pie a camino de herradura y es cuando llegan el 10 de agosto de ese año los primeros caballos a Barbacoas de esa forma aparecen los arrieros con sus recuas de mulas transportando carga y así aparecen nuevos caseríos al margen derecho del rio Güiza frente a los que ya existían paralelos a San Isidro, San Miguel, a San Pablo, Ricaurte; a Cuaiquer Viejo, Cuaiquer Nuevo.

# Capítulo 2

# El tiempo de mis abuelos

L

as casas se hacían en tabla, estas se sacaban partiéndolas con hacha y cuñas de madera, luego con el tiempo llegaron las sierras de mano y se aserraba en la montaña, las sierras eran hojas más largas que un hombre y dientes grandes y afilados. El filo de los dientes se hacía de acuerdo al tipo del hilo de la madera, una forma es triangula, la otra en forma de uña de gato, para la madera más dura. Los troncos los subían a andamios, el vaivén de la sierra lo coordinaban dos hombres de brazos fuertes uno debajo del tronco y otro encima en cada tirón el diente de la sierra devoraba como un animal hambriento de madera. Las casas se alzaban sobre pilotes de piedra para que la humead no las dañara, esas era la casa para dormir, al lado se construía una más pequeña, pero sobre el suelo donde se hacia la cocina, los techos se hacían con hoja de caña seca juntando manojos y entrecruzándolos entre varas de caña brava o también se techaba con hoja de bijao, al terminarlas parecía techos con escamas. Los pisos se hacían con palma de güalte o chonta, se partía la palma con hacha y cuñas por ser demasiado dura y se sacaban tiras que luego se amarraban al piso. En la cocina se preparaba las comidas, a su vez era el sitio de reunión hasta ya entrada la noche, en ese momento se encendían las lámparas de querosene y se daban las buenas noches para luego madrugar al día siguiente con el canto del gallo. La comida se cocinaba en tulpas, fogones rudimentarios hechos sobre la tierra con piedras redondas y medianas sacadas del rio, encima de las tulpas se montaba la burra, un andamio hecho de palos y amarrado con cabestros o tiras de cascara de palo de isinde, allí se ponía a secar la leña para el fogón, pero también servía para colgar los pedazos de carne que se ahumaba y la curtía con el humo del fogón para que durara. Este tipo de construcción era semejante a la que utilizaban los indígenas de la montaña, chozas construidas sobre pilotes muy altos hechos con troncos de helechos tan viejos como la memoria de sus antepasados y techos de hoja del monte, para subir a la casa se utilizaba un palo al cual se le hacía muescas que este hacía las veces de escalera. Cuando un indígena moría, lo enterraban debajo de la casa y se iban a otro lugar a construir otra, la zona al ser muy lluviosa, cálida y húmeda, clima propio de bosque de niebla y tropical las casas y el cuerpo se descomponía muy rápido y la vegetación se tragaba el lugar.

En la cocina no podía faltar la guagua o piedra de moler, piedra de rio tallada en la que se molía el maíz, café y sobre todo el guineo que molido y amasado con sal se hacen las balas, masa de guineo cocinado que se daba en el almuerzo. Las dueñas del hogar se acuclillaban en el piso de chonta ante estas piedras, parecía que se arrodillaban para dar sus oraciones, convertían en masa los guineos cosechados en la chagra, sembrados que son el pan coger diario, en la chagra se sembraba guineo, plátano, zapallos, chilangua, yuyo para las morcillas además se criaban las ganillas y los cerdos; animales de granja, pero también habían pequeños; los cuyes y conejos, se criaban en la cocina cerca del fogón para que les diera calor y no les dé achaque y se mueran, al caminar por la cocina, ellos se paseaban por medio de los pies asustados por el caminar de la gente, son animales asustadizos y nerviosos pero los preferidos para una fiesta u ocasión especial. Justo al lado del fogón estaba los asadores, tal vez por esos son tan nerviosos mirando a cada momento el fin que les espera y quien era su verdugo, los alimentaba todos los días con yerba que crecía en las orillas del rio.

Junto a las quebradas se montaba una piedra plancha que hacía las veces de lavadero para la ropa como para los enceres, se jabonaba con hojas de palma china que al frotarla con agua soltaba una baba jabonosa, se la mezclaba con legía que es ceniza de fogón y sus fuertes hebras servían como esponja y jabón de cebo de manteca además el cebo también se utilizaba para la fabricación de velas.

Cuando estalló la guerra de los mil días, los alimentos escaseaban, sobre todo los que no se conseguía en la región como la sal esencial en la preparación de los alimentos y el ganado, ante esto en un lugar llamado el saldo propiedad el señor Rafael Lincer, existía un arroyo al filo del rio Güisa (Guabo) que emanaba agua salada esta se cocinaba en grandes ollas de barro y por medio de la evaporación se obtenía tan preciado elemento.

En el Putumayo se encontraron yacimientos de petróleo, para su transporte se trazó la ruta del Oleoducto, lo que hoy se conoce como el Oleoducto Transandino, mucha gente se empleó en esa obra, los capataces gringos en su mayoría y lugareños como trabajadores rasos que cargaban piedra y arena, a ellos se les pagaba 2 pesos con 90 centavos la hora. Los obreros se asombraban con maquinaria jamás vista hasta esa época por los años de 1960, buldócer, grúas, soldadores, ver esas máquinas cargar esos tubos enormes y pesados, los buldócer sacando tierra, tanta que si trabajaran 100 hombres al mismo tiempo, pero la admiración y la novedad que superó a todas fue cuando el helicóptero de la compañía Texas Petroleum Company aterrizo al lado del plan del trapiche de caña, gente de todos lados acudían a ver la máquina voladora, no creían que ese aparato volara y más que dentro de ella saliera gente.

La construcción fue considerada como la más grande y titánica de Latinoamérica para la época, la primera maquinaria llego en barcazas surcando el rio Amazonas proveniente del Perú hasta llegar a Puerto Asís en el Putumayo una travesía que duraba meses bajos los climas tropicales más terribles. El otro frente de ingreso fue el puerto de Tumaco, grandes buques provenientes de tierras lejanas descargaban miles de tubos de acero y maquinaria pesada. En las partes donde ni siquiera un hombre podía entrar utilizaban helicópteros para bajar la tubería, una vez un trabajador dijo:

— Esos era el fin del mundo, eran aparatos gigantes y blancos a los que llamábamos “calaveras”

Esa larga serpiente de acero se terminó de construir el 10 de mayo de 1969 y se inauguró en el año de 1970.

# *Capítulo 3*

# El bandolero Collazos

C

uando el camino de herradura estaba en funcionamiento; únicamente estaba habilitado desde tiempos de la colonia el camino de a pie, llego del sur, no se sabe si de San Antonio Ecuador o del Perú, un hombre de baja estatura, moreno por su raza de indio y curtido por el sol por sus largas jornadas a caballo junto con las inclemencias del clima, que en la región es muy marcado el invierno y el verano junto con esto la humedad del aire al ser el piedemonte de la costa, sus ojos negros casi rasgados eran penetrantes y demostraban su mando sobre su cuadrilla de hombres. En su cinto cargaba dos pistolas negras como él y a su espalda una escopeta de pedernal, el cañón sobresalía por lo largo del cañón y su baja estura lo compensaba con su diestro manejo incluso cuando iba sobre el caballo que era buen chalan sobre todo cuando se pasaba de tragos de guarapo fermentado. Este bandolero de apellido Collazos, venía con una gran cantidad de paisanos bien armados, pero quien se distinguía entre ellos era una mujer muy bella quien iba siempre al lado de él, esta mujer llamaba la atención por gran cantidad de adornos de oro y plata, unos decían que parecía una gitana, otros una princesa de las mil y una noche, Collazos le decía “La Maravilla”.

Este bandolero y sus hombres montaban briosos y veloces monturas, tenían asolados a los comerciantes y habitantes de la región entre las selvas húmedas y tropicales de Barbacoas y los gélidos páramos de Chambú, el ejército siempre hacia escaramuzas para capturarlo, pero el mucho más astuto siempre encontraba la forma de eludirlos.

Una ocasión, el ejército le preparó una emboscada cerca de Chambú, no lo capturaron inmediatamente, encontró la forma de engañarlos y salir en fuga junto son sus hombres y “La Maravilla”, los hombres del ejército preparados para lidiar con Collazos no se dejaron amedrentar y lo seguían muy de cerca, como un perro siguiendo a un conejo, Collazos al verse acorralado enterraba sus tesoros en los matorrales del camino para alivianar el peso de sus caballos y así por mucho tiempo durante la persecución. Los hombres y las bestias[[3]](#footnote-3) estaban muy agotadas y cerca de Chucunés y ver que era inminente su captura, miro a su bella mujer y para que no la capturasen o asesinaran, eran el uno para el otro como, el complemento de dos amantes, la fuerza y la tenacidad con la dulzura y la belleza. El, al verse acorralado la lanzó al rio para que se fugara y pasara a la otra orilla, ella, en los torrentes del rio Güisa trato de nadar, pero sus elegantes vestidos de tul y seda y pesadas joyas y el desespero no fueron contrincantes con esos raudales que se la llevaron al fondo y se ahogó gritando el nombre de su amado bandolero y se ahogó. Collazos, hombro a hombro con sus hombres se enfrentó a la autoridad, su valentía no fue suficiente ante las fuerzas del gobierno y sucumbió de acuerdo a su ley.

Todavía ronda la leyenda de Collazos, sus hombres y “La Maravilla” y se cuenta que al construir la carretera Pasto -Tumaco, algunos obreros que abrían los barrancos a punta de pico y pala como se hacía en aquella época, encontraban dejados en su huida o escondites provisionales los tesoros de Collazos. Con esta fortuna caída del cielo se iba a la ciudad como hombres ricos otros en cambio malgastaron los tesoros de Collazos.

# Capítulo 4

# *El vado de la culebra*

Muy temprano, tan pronto como el sol alumbraba la mitad de la montaña de la finca Dolores, nos alistábamos par nuestras aventuras diarias en el rio, se alistaba las cañas de pescar hechas de sicze, flor de la caña brava, nuestros aparejos de diversión los conseguíamos al otro lado del puente que cruzaba el rio, que unía la casa con el trapiche, se cortaba la flor con mucho cuidado de no romperla, se pulía, se dejaba secar a la sombra para que el sol no la marchitara, a los cinco días se le ponía el nylon, el plomo se fundía con una cuchara arrumbrada[[4]](#footnote-4) y gris de tantas fundiciones en el fogón y el molde era una papa partida a la cual se le hacía un hueco y se ponía una pajita de escoba para hacer el canal por donde pasaría el cordel. Los anzuelos se hacían con una pulgada y media de cuerda de guitarra luego de afilados se anudaban al cordel de la caña, de esa forma se tenía hasta cinco cañas listas para utilizarlas por lo frágil que eran se dañaban con facilidad. Pero además de eso el orgullo era quien, hacia las mejores cañas la más duradera y de mayor sensibilidad, mucho más que la pesca.

De camino al rio se buscaba debajo de las piedras, donde la tierra estaba húmeda lombrices tan finas como la crin de caballo, se las metía con un poco de tierra en una bolsa para que no se secaran y murieran, tan pronto se conseguía la carnada, se corría al rio que su llamado nos esperaba.

Se buscaba los mejores pozos de aguas quietas para pescar sardinas, tan pronto dabas un ligero tirón a la caña, se tiraba fuerte, pero con sutil ademan hacia la orilla para no perderlas entre la maleza, ya en la orilla entre la arena brillaban como la plata con el sol de verano, corríamos hacia ellas a cogerlas con las dos manos para que no saltaran y volvieran al agua y se perdieran, las agarrábamos con todo y arena y las metíamos a nuestras mochilas tejidas de cabuya. El mejor pescador era Manuelito López, con gran agilidad y gracias saltaba las piedras para no mojarse y cuando pescaba, no las tiraba a la orilla, diestramente tiraba la caña hacia él y con un rápido movimiento las recibía en el sombrero.

Así pasábamos las horas remontando el rio días contra la corriente o a veces con el cauce, pasado el mediodía buscábamos el mejor vado para nadar hasta muy avanzada la tarde. En cierto recorrido rio arriba con mis hermanos Yiya, Pepe, mi primo Jairo y Manuelito pasábamos por un vado que quedaba detrás de la casa de “Las Molinas”, nunca habíamos estado por esos lados, las aguas tranquilas nos invitaban a zambullirnos, mientras nos alistábamos, Yiya dio un grito:

— ¡Una culebra!, ¡Una culebra!

Asustados corrimos donde estaba ella y apareció ante nuestros ojos abiertos de asombro una culebra poco más de una braza de largo, pero a nosotros nos parecía la más grande que habíamos visto, era verde como el limón y su piel brillaba como la esmeralda, nadaba tranquila en el vado. Al principio asustados, con el corazón que se salía del pecho, Manuelito que era mucho mayor que nosotros nos dijo:

— Es una culebra juetiadora, esas no hacen nada, pero si se las pisa, con la cola le da un juetazo y queda caminando más rápido por el resto de la vida.

Así, nos tranquilizó el susto para luego reírnos de lo que estaba pasando. Aprovechamos que cerca había unas cañas bravas cortadas y comenzamos a torear a la nadadora para que saliera de allí y nos dejara el vado a nosotros, ella se negaba, cruzaba de orilla a orilla sin sentir el más mínimo susto ante nosotros, pero al final de un movimiento brusco y con la agilidad de un pez salió del agua y se metió en medio de la maleza para no verla jamás. Terminamos de nadar y ya cansados cruzamos los cañaduzales y salimos a la carretera para regresar a la casa con nuestra mochila llena de sardinas y contarle a Mamá de nuestra peripecia, desde ese día ese vado se tenía como referencia para la pesca o recorridos por el rio como el vado de la culebra.

# Capítulo 5

# *La Fiesta de la Virgen*

E

n la vereda se hacía muchas fiestas patronales, las cuales se aprovechaba para hacer las primeras comuniones y bautizos, eran las fiestas en que todo el pueblo participaba, la más esperada era la fiesta de la Santísima Virgen de Visitación, patrona de Pususquer, una virgen de tamaño pequeño pero de una gran devoción y fe por los habitantes de la vereda. Según quien fuera el o los fiesteros, quienes se encargarían de todo lo relacionado con la fiesta de ese año, las vísperas se anticipaban uno o dos días, se anunciaba a los cuatro vientos, con anuncios en carros, estallidos de pólvora, orquestas, entonces la gente decía:

* *Si así son las vísperas, como será la fiesta*

Y así sucedía, cuando llegaba el día esperado por todos, la gente de la vereda sacaba y se engalanaba con sus mejores trajes comprados o mandados a coser especialmente para esa fecha, mucho más que para navidad o año nuevo, en esa festividad se reunirán amigos, compadres, ahijados, llegaba gente que vivía en otros lados. Muy temprano se llegaba a la capilla, los niños y niñas de primera comunión, los más pequeños de bautismo, el sacristán los organizaba junto con sus padrinos, las niñas vestidas de tul y seda, vestidos blancos relucientes, los niños camisa blanca y pantalón azul, en sus manos llevaban la vela que encenderían junto a su padrino al momento de dar los votos de educar a su ahijado en la fe católica y en la otra el catecismo con las enseñanzas de un católico junto con el rosario, allí se los veía impacientes, llenos de nerviosismo y felicidad con sus caritas de inocencia.

En la casa de los fiesteros se organizaba la comida, carne de cuy para las comadres, gallina y el plato principal el hornado, carne de cerdo horneada en hornos de leña, se servía con mute y lechuga, carne jugosa y cuero crocante. Se tenía grandes tinajas de chicha preparada en días anteriores, se hacía de maíz amarillo, pero no se dejaba fermentar, más se usaba como refresco, se cocinaba el maíz con hojas de naranja, toronjil de caña, pedazos de piña y para endulzar se usaba miel de caña.

Ya entrada la noche y con la fiesta prendida se comenzaba a brindar con guarapo fermentado que pasaba de verde oscuro cuando se molía la caña a amarillo ocre y espumoso cuando se fermentaba y estaba en su punto. También se ofrecía o brindaba chapil, aguardiente artesanal que se fabricaba con guarapo fermentado y destilado en alambiques que se hacían de una olla de barro, encima se ponía una callana de barro para que el vapor se condensara y cayera a otra olla que estaba en la mitad, esta olla tenía un tubo por el que destilaba el alcohol, rudimentarios, el mejor decían es el que se conseguía en la vereda del Charco. Si hacia frio se hacía hervidos, chapil cocinado con maracuyá o lulo y se le adicionaba canela o anís.

Después de la misa se hacia la procesión con los niños de la primera comunión, se echaba mucha pólvora, entre más ruido, mejor la fiesta; de niño se estaba a la expectativa que había para ese año. La que más ruido hacía era la guasca, un cordón de papel de cemento que envolvía la mecha y las bolas de pólvora, un cordón de cinco o siete metros de largo, con totes enrollados cada cincuenta centímetros y cada metro había una papa, una bola de pólvora del tamaño del puño de un hombre, cuando estallaba hacia un sonido seco y temblaba la tierra.

El personaje que mejor echaba la pólvora era el Paisa, un paisano de nombre Erasmo proveniente del Tolima decía él, pero por su acento diferente al de la región le decían el Paisa. Trabajaba ganando jornales en las fincas cosechando café o desyerbando chagras, pero donde se lo veía más alegre es en la fiesta de la Virgen echando pólvora.

Era un hombre de contextura mediana, delgado, de unos cincuenta años, rasgos finos pero curtido por el trabajo bajo el sol, tenía un pedazo de bigote que solo cubría el labio debajo de la nariz, rápido al caminar y siempre con su mochila de cabuya al hombro. Él, además de trabajar como peón, era adivino, eso decían quienes lo conocían, curaba el mal aire y los espantos y sanaba las tronchaduras[[5]](#footnote-5) de las articulaciones de los huesos además fue el mentor en estas ciencias de Manuelito López.

En cierta ocasión, en la fiesta de la Virgen, en su acostumbrado trabajo de maestro de la pólvora, estaba lanzando unos voladores, la chispa de uno de ellos le cayó en su jiriga o mochila de cabuya allí llevaba toda clase de artilugios hechos con pólvora, totes, juetes, voladores, pitos, guascas, la chispa encendió la mecha de uno de ellos y comenzó a estallarle en el cuerpo; en su desesperación se quitó rápidamente la jiriga y la tiro a los cañaduzales que daban frente a la capilla allí retumbó como un trueno en época de lluvia, la tierra tembló con la explosión y una enorme cantidad de humo cubrió a todos quienes se encontraban en el patio y la carretera listos para la procesión. La gente asustada se quedó paralizada, nadie corrió, poco a poco fue volviendo a la normalidad y comenzaron a preguntar por el Paisa, nadie lo miraba. De pronto él apareció, con la cara negro por el hollín de la pólvora, su cara se transformó, parecía un sonámbulo, el color canela de su piel era blanco como los vestidos de las niñas de primera comunión, no hablaba, no pasa el trance del susto que tenía, no hablaba, algo raro en él, cuando contaba historia nadie lo paraba, le dieron sorbos de agua y lo calmaban, poco a poco fue volviendo a la realidad.

Para las fiestas venideras, a pesar del susto, seguía siendo el maestro de la pólvora, pero los voladores los lanzaba desde una botella y a una distancia prudente, con una varia encendía los totes y las guascas.

# Capítulo 6

# *El Secreto de los Chamanes*

M

i Mamá era pequeña, mi bisabuela la mandaba a comprar donde las tías López, las pastas de mojoral, agua marca Maravilla, que se usaba para todo y el petróleo (querosene) para prender la candela de los fogones y encender las lámparas porque no había energía eléctrica. Por aquellos días bajaban unos curanderos o chamanes que procedían del Putumayo más exactamente oriundos del Valle del Sibundoy y le decían los “Sebondoyes”. De estatura mediana, trigueños quemados por recio sol de sus andanzas, y contextura gorda, cabello lacio y corte redondo como si se hubiera cortado con un molde con un totumo, vestían una ruana larga de franjas verticales de colores vivos que les llegaba a los tobillos, debajo de esta los cubría una túnica de color negro llamada “cusma” que les cubría hasta media pierna. En el cuello tenían collares o güalcas con tantas vueltas que no se distinguía la piel hecho de pepas de güalte y conchas de caracoles, la túnica se amarraba en la cintura con una faja tejida de algodón y remataban con unos zapatos a media bota de cuero.

Cargaban siempre una maleta llena de menjurjes, aguas mal olientes y amargas, pomadas de manteca de oso, culebra y chuchugüaza, manillas que tenía un dije de colmillo para los niños pequeños, se usaban para que no les dé mal de ojo.

A los niños cuando no hacían caso o se portaban mal, los padres los amenazaban con regalarlos a los “sebondoyes”, era el coco de ellos.

A mi madre la mandaron a un mandado siendo pequeña y al pasar por la piedra del “sebondoy” frente a la casa de la tía Rosario, una piedra grande a orillas de la carretera, la leyenda cuenta que allí se escondían los “sebondoyes”, mi Mamá al pasar por allí encontró a dos personajes de estos, fue tan grande el susto de mi Mamá que se regresó corriendo a la casa, los chamanes se quedaron mirando mientras ella desaparecía entre las curvas de la carretera.

Al llegar a la casa mi abuela y bisabuela le esperaban con una reprimenda por no hacer el mandado, ella repetía que no era una mentira, esperaban que pasaran, pero nunca lo hicieron y quedo el misterio de los “sebondoyes”.

En la Planada murió la mamá de una familia, el padre se fue a trochar potreros con un peón, en el patio de la casa se apareció un sibundoy, lo vieron que apareció del monto, el sibundoy miro por largo rato a los niños, sobre todo al bebe, luego se fue por donde vino, por la espesura de la montaña, a los ocho días el niño pequeño murió sin haber presentado ninguna enfermedad.

# Capítulo 7

# *La Chilangua*

P

or los años 1910, la Tía Rosario su medio de subsistencia consistía en sacar chapil, un aguardiente artesanal destilado del guarapo de caña, en la vereda de Curcuel, vivía un matrimonio adinerado para la época, el señor de la casa dueño de tierras y ganado, hombre trabajador del campo y la señora de la casa con criados que le servían para las labores domésticas. Como todo en el campo a las personas muchas veces no se las conoce por el nombre de pila o bautizo sino por los apodos ya sea por una característica física, heredados de los padres o familia como también de alguna acción que hizo y la embarro.

A él le decían el puerco y a ella la chilangua una hierba aromática que se utilizan las hojas para sazonar las comidas. Hasta allí una pareja igual a otras de la época. Como todo hogar, están los vecinos y en este caso una vecina confidente de la señora y muy informativa por no decir chismosa en el adagio popular que aplicaba la frase “El comadrear no es pecado”.

Este matrimonio tenía a una mujer pobre que trabajaba más que por el dinero, lo hacía por la comida de ella y su niña de pecho y como es la costumbre la llevaba en la espalda amarrada con una chalina negra de flecos, ella vestía un vestido de franela y enaguas holgadas. Las mujeres en esas condiciones con honradas y trabajadoras, le ayudaba a la señora en la casa a moler el maíz, el café tostado en piedras labradas de rio que usaban en la cocina para este fin, los molinos de metal no existían para la época. La sirvienta arrodillada con su guagua a la espalda y una piedra en las dos manos la frotaba contra la más grande tallada que se encontraba en el piso con la que molía finamente el café tostado.

Por ser tan diligente, el patrón le tenía gran aprecio y la señora de la casa no le importaba ese afecto. La vecina y comadre de la Chilangua comenzó a meterle interrogantes tan serios como que la sirvienta se estaba metiendo con la patrona, ella no lo creía, pues la sirvienta no mostraba ese interés por su marido, pero las palabras venenosas puede más que la inocencia de sus víctimas. Ella comenzó a llenar de odio hacia la sirvienta y la criatura de esta, cierto día estaba la sierva haciendo sus trabajos diarios y la Chilangua afilaba los cuchillos y en voz alta recitaba:

*“Un puerco voy a matar*

*morcilla lo voy hacer*

*chilangua le voy a echar”*

La sirvienta le parecía graciosa la rima en su ingenuidad y no se percataba que su vida es la que estaba en juego. Pasaron los días y se acostumbró a la rima que retumbaba ya en cada rincón de la casa, ella seguía con sus labores sobre todo con la molienda de granos en la piedra.

Cierto día miraba fijamente el golpear de las piedras con las que quebraba los granos duros de maíz, sintió algo gélido y duro en la espalda, seguido de un golpe seco, después un calor recorría su espalda y lentamente su aliento de vida se escapaba en cada bocanada de aire que lo tomaba con una fuerza débil; La Chilangua en un arranque de celos, descargo un golpe con un hacha de cortar árboles en la montaña, estas son muy grandes y pesadas, el golpe estaba lleno de odio, de un solo tajo mato a la guagua y a la madre.

Para tapar su crimen, metió los restos inertes en un costal y las tiro debajo de una alcantarilla de aguas lluvias, pero como todo entre el cielo y la tierra todo se sabe, los pobladores se enteraron y dieron aviso a la policía, después de ser detenida la llevaban a la cárcel del pueblo de Piedrancha arrastrando los grilletes que ataban sus manos y tobillos con gruesas cadenas de hierro como reo a su sentencia, delante de ella iba en las mismas condiciones a la chismosa. En el calabozo se escuchaban quejidos y lamentos lastimeros que los otros reos se acurrucaban y juntaban por el miedo que calaba los huesos y el alma; Así duro durante toda la noche. Al amanecer encontraron muerta a la Chilangua, se había saldado la cuenta de dos inocentes criaturas.

Murió en la cárcel de Túquerres

# Capítulo 8

# *El Padre Mera*

E

n una tarde lluviosa, de esas que cae como si el cielo se hubiera roto, contaba la Tía Rosario que cuando tenía más o menos quince años, en Piedrancha había un cura bonachón, gordo de la buena comida que vivía con una sobrina según decía el que era su parentesco, la señora contaba con tres hijos pero no se le conocía marido alguno como tampoco la visitaba o pretendía ningún hombre. El sacerdote era de buena palabra y sermón, afable con sus feligreses y cuidaba de la iglesia. En el pulpito eran los noticieros del pueblo, sobre todo el día domingo se daban noticias, anuncios, arengas, propaganda y se discutía algo de política.

Con el tiempo comenzó a ocurrir algo muy curioso, el párroco andaba con la sobrina para todo lado, cuando terminaba la misa desde el púlpito decía.

* *Irán a comprar las velas para el santísimo donde Doña Domitilia que son muy buenas*

También les causaba gracia a los feligreses que, al momento de dar el sermón, hablaba de los pecados y quienes cometías esas faltas, los tres niños sacaban la cabeza por los pasamanos del púlpito, la gente se reía de ver ese cuadro dantesco. Los rumores estaban a la orden del día, los cuales comentaban que la tal sobrina en realidad era la mujer del cura y los niños sus hijos.

Entre los feligreses había una señora de apellido Orbes perteneciente a la clase puritana y beatas, se mostraba indignada con el proceder del cura y le parecía una cosa inconcebible tal comportamiento en un representante del clero.

La señora Orbes comenzó a perseguir a este cura, averiguando todos sus actos y denunciando ante la comunidad. Él ni se inmutaba, hasta que ella lo denuncio ante el obispo de la diócesis de Ipiales. Con esta denuncia no lo retiraron del clero, pero lo trasladaron a otra parroquia, el cura ante una orden no tuvo más remedio que acatar la orden.

En la mañana siguiente al día que le llego la notificación, alistó las cabalgaduras y las mulas con todos los aperos, pertenencias que tenía la pareja y con algunos peones se fue del pueblo por el camino de herradura de esa época o camino viejo.

Cuando este Cura y su familia pasaba por el sector de Chambú, hay un punto donde se divisa el cañón del rio Guabo, allí se giró con su cabalgadura y mirando hacia el cañón dijo.

* *Maldigo a todos esos güaicosos que se han de morir de hambre, esa maldición les dejo*

Se volteó y siguió su camino.

Con el tiempo comenzó a escasear la comida, la tierra no producía nada ya no había la abundancia con la que estaba acostumbrada la gente, las cosechas de maíz que se recogían por cargas, guachos interminables de yuca que al sacarlas sus raíces parecían mas brazos de personas de lo gruesas y largas, racimos de guineo que doblaban las matas y se tenía que apuntalarlas con palos del peso de estos. Pero todo esto estaba quedando en un sueño pasado, las matas no nacían y si lo hacían no cargaban, como si las semillas fueran vanas, así comenzó la hambruna del güaico.

Las familias ante esta situación, al ver que no había comida, los niños desnutridos comenzaron a comercializar con lo poco que tenían hacia el pueblo vecino de Altaquer donde Vivian los indígenas Cuaiqueres hoy conocidos como la Comunidad Indígena Awa, pueblo ancestral. Ellos sembraban el chiro, una especie de plátano no más de diez centímetros de largo, pero muy abundante en sus chagras, el cual se cosechaba jecho, lo cocinaban para luego molerlo en piedras talladas destinadas para este fin y luego lo comían con carne de animales cazados en el monte.

Los habitantes del güaico compraban chiro, yuca a los Cuaiqueres o lo cambiaban por algún artículo que ellos necesitaban. De esta manera transcurrían los meses y años con la hambruna a cuestas.

Aconteció que un día de mercado llego un hombre con el aspecto de peregrino, cansado y lleno de polvo muy alto y flaco, no venía en una cabalgadura sino todo lo contrario venía a pie y se extrañaban porque vestía sotana como de aspecto de un monje capuchino, su sotana estaba desgastada, su color estaba entre el café oscuro y el negro atizado no se distinguía de lo vieja, acabada y remendaba que se encontraba.

El monje llego al pueblo e inmediatamente se fue a la iglesia a rezar al santísimo, durante el sermón de la misa se presentó como el Padre Mera.

Los habitantes de Piedrancha lo acogieron muy bien, lo invitaron a comer, le alistaron una habitación muy cómoda puesto que la noche se acercaba, pero lo rechazo, se fue a la parte trasera de la iglesia y armo un cambuche al lado del horno de leña con el que se hacia el pan. La gente quedó extrañada, pero él les explicó que en la humildad esta la gracia de Jesús y que esas comodidades y banquetes que le ofrecían, se lo dieran a los más pobres.

El padre Mera se estableció en el pueblo y como el cura anterior lo habían trasladado de parroquia, el asumió junto con el padre asignado la guía espiritual de la región.

La tía Rosario su ánimo se sobresaltaba cuando contaba sobre los sermones del Padre Mera, él se subía al púlpito, su voz era fuerte que imponía respeto y temor, si se exaltaba por algún tema que trataba que por lo general era sobre el pecado y las malas obras de los hombres, las velas perdían su brillo, las llamas bajaban su intensidad hasta casi extinguirse, pero a medida que se calmaba, las llamas de las velas cobraban si intensidad y brillo.

La gente del pueblo se fue encariñando mucho con el padre Mera y la compartían con él, le comentaban sobre la hambruna y la maldición que había dejado el padre anterior sobre la región, al oír sobre esto, el padre les pidió hacer penitencia, rezar mucho al santísimo y que el ayudaría en ese caso, a los pocos días, las plantas de las chagras comenzaron a enflorar otras a nacer y con el tiempo a dar frutos, la hambruna llegaba a su fin, la gente comentaba que el padre Mera había terminado con la maldición del güaico.

Gente que venía de otros lados decían que el padre Mera venia de Guaitarilla, que allá dejo bendiciendo la tierra y las cosechas se daban más de lo normal, las familias tenían para vender y almacenar comida y hasta el día de hoy Guatarilla es una tierra de abundancia. Al venir de Guatarilla, el paso obligado era el municipio de Túquerres, llego al pueblo, pero fue mal recibido, llego en unas fiestas, la gente lo despreció y se dedicó al baile, al poco tiempo se irse del municipio, sucedió el terremoto de Túquerres.

En una ocasión se reunieron un grupo de feligreses, su intensión consistía en darle algunos presentes al padre Mera en agradecimiento por su labor misionera, el párroco del pueblo llevaba una sotana nueva, las señoras frutas y tejidos, al llegar donde dormía el padre, el salió a recibirlos, cogió por el hombro al párroco y le agradeció por la sotana pero no la recibió, dijo que su túnica estaba bien para él y era su mejor vestido para caminar junto al señor, luego recibió las frutas y verduras. Enseguida paso una mujer vestía un elegante vestido de casimir y un chal negro bordado de satín portaba una canasta de huevos, el padre Mera con mucho cuidado recibió la canasta y separo los huevos en dos montones, la gente miraba extrañada y murmuraban, al terminar, el Padre miró a la mujer directo a los ojos con una mirada penetrante y acusadora, casi inquisidora y le dijo:

* *Los huevos de este lado te los recibo y mi Dios le pague, pero los de este otro lado ve a devolverlos porque te los has robado.*

La mujer bajo la mirada, su expresión de vergüenza calaba su rostro y salió corriendo, fuera de la vista del Padre y los mirones. Desde este momento se conoció las habilidades de adivinación del padre Mera.

El padre Mera era muy estricto con lo referente a los aspectos que convenían a la iglesia no toleraba los bailes en las fiestas patronales, las borracheras o el mal comportamiento dentro de la iglesia en las misas. La gente respetaba sus decisiones, pero el mismo tiempo tenían curiosidad de cómo era él, como dormía y que tenía en su cambuche, hasta que en todo pueblo no falta la chismosa, esa mujer conocida por todos por su intromisión en asuntos ajenos. Se propuso averiguar la intimidad del padre, lo espió después del servicio religioso, la misa de la tarde, luego salieron que salieron todos de la iglesia, ella se quedó escondida y lo comenzó a seguir hasta el cambuche, el Padre encendió una vela y se arreglaba para acostarse, ella hábilmente separó unas chaclas que formaban de pared del cambuche y sus ojos se abrieron que se salían de sus orbitas, al mirar a través de la hendija no miro al Padre como se suponía, en su lugar miró a Jesús con las llagas en las manos. Salió dando bruces contra todo lo que se encontraba en su camino de huida, gritaba a los cuatro vientos lo que había visto.

Por todos estos hechos, la túnica, los milagros, las profecías y lo que había visto esta mujer, comenzaron a creer que el Padre Mera era en realidad San Antonio que recorría las poblaciones más humildes dando sus bendiciones.

Pasado algún tiempo, el Padre estaba dando su sermón desde el púlpito, al terminar dio una misiva, que ya no permanecería más en la parroquia, que su tiempo y su misión ya había terminado y que lo necesitaban en otros lugares, los feligreses estaban tristes, muchos lloraban. El Padre bajó del púlpito y comenzó a consolarlos con palabras de aliento que su misión era llevarlos por el buen camino y lo había logrado y en otras partes necesitaban conocer y aprender a Jesús.

De Guatarilla llego una comitiva para acompañar en su viaje, le traían una excelente cabalgadura, un caballo negro brioso y alto de paso suave y con unos aperos engalanados.; El día llegó, se alistaron las cabalgaduras y la gente que lo acompañaría al pueblo de Barbacoas, celebró su última misa, salió y se subió a su caballo y arrancó con sus acompañantes.

Durante el paso por la calle de honor que le hicieron, no paraba de dar bendiciones y prometer que el güico nunca más pasaría hambre, que incluso debajo de las piedras crecerían las plantas.

En su paso a Barbacoas, paso por el Pueblo de Ricaurte, famosa por su chapil y las fiestas que se hacían al compás de la marimba, un instrumento hecho por los indígenas que se compone de diez o más tubos de guadua de diferentes tamaños, se los ordena del pequeño al grande y sobre los tubos se pone tablas de chonta, esto es muy parecido a un xilófono, pero con sonidos más graves y secos.

En San Pablo, una vereda que queda al otro lado de Ricaurte, pasando el rio Güisa; rio Guabo en la actualidad, estaban celebrando un baile corría en chapil como arroyos y vibraban las tablas y tubos de la marimba. La casa del baile se iluminaba con lámparas de querosene y aceite. Ya bien entrada la noche y en pleno fulgor del festejo alguien vio al Padre Mera subir por una de las escaleras de la casa, las casas se hacían altas por la humedad, las serpientes y bichos terrestres, las escaleras se hacían de un solo tronco que se cortaban muescas; la ver al Padre Mera la gente paró el baile y que él lo prohibía. Cuando fueron hacia la escalera, desapareció como un fantasma, pero pronto se escucharon gritos:

* *¡Ricaurte se quema ¡*
* *¡Se quema el pueblo ¡*

Ricaurte tenía un color naranja y rojo igual que las llamas del fogón, volaban chispas. Las casas se hacían de madera y se techaban con hojas de caña o de bijao, los que estaban en el baile no se atrevían a cruzar el puente sobre el rio para ir al pueblo por miedo a las llamas; así pasaron toda la noche en vela mirando como ardía el pueblo.

Al día siguiente, el sol salía cobre las montañas, iba alumbrando todo el cañón del Güisa, al llegar al pueblo lo encontraron intacto, no había pasado ningún holocausto, las casas y techos seguían en pie y las personas sanas y salvas.

Ese domingo en plena misa, el Padre Mera predicaba haciendo alusión del baile.

* *En el juco más grande de la marimba está el diablo más grande y en el juco más pequeño está el diablo más pequeño.*
* *El baile es patrocinado por el diablo.*

Después de unos días, el Padre siguió su camino hacia Barbacoas. Al llegar a su destino, mando que devolvieran el caballo que le dieron los habitantes de Guatarilla, mandó muchos agradecimientos por ese detalle y bondad, además de Barbacoas antes de irse mando a regalar al Santísimo de Piedrancha una lámpara de aceite, duro muchos años, pero al quebrarse durante una caída cuando la limpiaban, recogieron los pedazos, los guardaron en una urna y los guardaban como reliquias.

Al señor Paladines que vivía cerca de la casa de mi abuela Ester, por el camino que se va al otro lado del rio, le envío un frasco de Kola Granulada, decían que estaba poseído por los malos espíritus, que miraba el infierno y a los demonios como lo llevaban, que estaba condenado; El Padre les dijo que él no estaba poseído, que él le mandaría un remedio y así cumplió su promesa, con la Kola se mejoró Don Paladines.

El padre se subió a una canoa de remos por el Rio Telembí con rumbo al Puerto de Tumaco, la Perla del Pacífico, al subirse a la canoa daba bendiciones a quienes se quedaban en la orilla, ellos levantaban los brazos, agitaban banderas, las lágrimas corrían por sus mejillas, El Padre se alejaba cada vez más pero no paraba de dar bendiciones hasta que no lo miraron más.

El Padre Mera siempre repetía:

* *Recen mucho a San Antonio, tengan mucha devoción, pero tengan cuidado con un cordonazo de él cuando este bravo.*

# Capítulo 9

# *Perdidos*

E

n frente de la casa de mis Abuelos, pasando la carretera que va de Pasto a Tumaco hay una loma con un plan o meseta que se encuentra cubierta de vegetación espesa y árboles; a un lado hay un hondonada que comúnmente se le dice hueco y por lo general bajan arroyos o fuentes de agua que desembocan en el rio Güisa.

Un día mis hermanos, mi primo Jairo y Yo estábamos jugando en el hueco cuando de repente escuchamos un ruido entre silbido y graznido, era corto pero seguido y lo escuchábamos cada vez más cerca, pero no sabíamos quien cantaba, pero la curiosidad puede más y comenzamos a seguir el canto hasta que encontramos en lo alto de unas ramas a un chalmaco, un pájaro de unos 30 centímetros y con unas plumas en su cola del doble de su cuerpo, es de color naranja con manchas negras en algunas plumas, y las de la cola terminan con una franja de color blanco. Este pájaro no se intimida muy fácil, parce que tiene confianza y comienza a volar hacia las ramas cercanas sin dejar de cantar de vez en cuando, lo curioso es que se interna hacia la maleza del hueco, por eso dicen que es el pájaro del duende, se encarga de llevarle a los desprevenidos que lo siguen.

A nosotros, que nos parecía una aventura seguimos al condenado pajarraco y efectivamente nos llevó a lo más alejado de la maleza y luego se fue volando, cuando menos lo esperábamos, estábamos perdidos.

Para ese momento estábamos aperados de manilas nuevas que mi Mamá nos había comprado en Ricaurte, un municipio aledaño donde iba cada quince días o cada mes por la remesa de granos y productos de aseo donde la Chabita y le decíamos la Idema porque allí en su tienda funcionó como distribuidora de esta entidad del estado, a veces iba a la farmacia de la Marujita López de Blanco, prima lejana por parte de mi Abuela.

Estrenando manilas, blanca la mía y amarilla la de pepe además yo con una peinilla y estuche que me había dado mi Abuelo Nico, quién dijo miedo, lo que hicimos fue conseguir unos troncos de leña para llevar a la casa por la rastra, le hicimos unas muescas alrededor de la punta para poder amarrarlos con las manilas y que esta no se resbale.

Comenzamos a bajar por el hueco, pero con la leña que llevábamos y la entundada que nos dio el chalmaco comenzamos a desesperarnos, no encontrábamos salida por ningún lado, las espinas de las ramas de la zarza y mora silvestre se clavaban en los brazos y la cara. Me puse abrir camino y por accidente corté la manila nueva.

La tarde comenzaba a caer, no habíamos almorzado, por lo general almorzábamos tarde por estar jugando en el monte o en el rio, nunca llegábamos a la hora de comer, para mi Mamá eso era normal, pero ya eran cerca de las tres de la tarde y no aparecíamos, cuando de repente escuchamos unos gritos que decían

* *Juan, Pepe, Yiya, donde están*

En medio de la maleza identificamos la voz, era nuestra Madre que había salido a buscarnos, pero no podíamos salir ni mostrarnos, lo único que decíamos era

* *Mitaaaaaa, aquí estoyyyyy*

De repente se me ocurrió la idea de cortar unas varas de una mata de planchil que son largas y delgadas y poner nuestros sombreros de tetera que llevábamos puestos, alzarlos lo más alto que podíamos, agitarlos y gritar a todo pulmón para que Mamá nos escuchara y viera. El invento dio resultado, ella nos encontró y dijo por dónde deberíamos salir para llegar al plan de las cabuyas, fue un respiro, la brisa fresca que bajaba de la montaña en las tardes de verano nos calmaba el calor y la angustia. Una vez a salvo bajamos a la casa con los troncos que llevábamos por la rastra, una vez en casa nos dieron el almuerzo, sancocho de maqueño bien espeso, carne de gallina criolla, arroz y mucha limonada de los limones que crecían en la chagra.

Una vez almorzados, estábamos listos para cortar la leña que se pondría en la burra que estaba encima del fogón, allí se terminaría de secar. De repente mi abuela dio un grito y me mando que botara lo más lejos que pudiera la leña que con gran esfuerzo habíamos traído de la montaña; resultó que eran de un árbol que se llama caspe, no sabíamos que la leche que botaba o el humo que despedía cuando se prendía fuego les daba una alergia muy fuerte, la piel se ponía de color morado como si tuviesen una contusión acompañada de una rasquiña insoportable. Mis hermanos y yo nos sufríamos de ese mal, incluso nos subíamos a esos árboles, a Jairo no le dio alergia porque se mantenía alejado de los troncos, pero no decía nada el muy pícaro. El remedio, decían los viejos para curar el mal era bañarse a las 3 de la madrugada en las heladas aguas del rio que pasaba por la casa durante tres días, posiblemente el agua fría contrarrestaba los síntomas.

# Capítulo 10

# *La Loma del Muerto*

Escuche usted, si hay algo que deja marcas en la tierra y en la memoria de la gente, son las guerras. Y aquella, la que llamaron la Guerra de los Mil Días –y bien puestos que le quedaron los días, ¡parecía que no iba a acabar nunca!–, desde el 17 de octubre hasta el 21 de noviembre de 1902, mil ciento treinta días de penurias, esa guerra anduvo aporreando hasta el último rincón de esta tierra. No importaba si estabas en un pueblo grande con campanas o en un ranchito escondido entre cafetales, el tufillo a pólvora y a desasosiego llegaba hasta allá.

Pues en medio de todo ese desbarajuste, andaba por esos lares, cerca de donde están ahora Betania y El Carmen –sitios que también probaron las amarguras del conflicto–, un soldado. Vaya usted a saber de qué lado, si de los liberales o los conservadores, que en la guerra a veces uno no sabe ni por quién pelea al final. El caso es que este hombre, en una de esas idas y venidas de tropas, se perdió. Quién sabe si se extravió en la noche más negra que boca de lobo, si lo dejaron atrás en una retirada a las carreras, o si una bala le silbó cerca y se metió a esconderse en el monte, herido como animal acorralado. El monte, amigo, es un laberinto que se traga a la gente sin hacer ruido.

Así, perdido, sin rumbo, el pobre diablo anduvo dando tumbos por esa serranía. Días y noches, con el estómago vacío, la ropa hecha jirones, y el miedo galopando en el pecho. Buscando un camino de vuelta, una señal de vida, cualquier cosa que no fuera la soledad verde y silenciosa. Pero no encontró nada. Solo más monte, más lomas, más cielo indiferente. Y la vida se le fue escurriendo, gota a gota, como café viejo en un colador picado.

Nadie supo de él por un buen trecho. La guerra siguió su ruido, y los perdidos en combate eran un cuento viejo antes de que terminara la semana. Pero el monte guarda secretos, y a veces los suelta sin querer. Pasó el tiempo, quizás meses, o como le dije antes, casi dos años, hasta que alguien –dicen que fueron unos campesinos que andaban buscando leña, o quizás arrieros que se desviaron del camino–, andaba por esa loma que la gente de antes llamaba la Loma del Quitasol.

Y allí lo encontraron. No estaba de pie ni sentado, no señor. Estaba tirado, inmóvil para siempre, un montón de huesos cubiertos por lo que quedaba de un uniforme sucio y roto. El sol y la lluvia habían hecho su trabajo. Y a su lado, como un perro fiel que espera a su amo, estaba el fusil. Su herramienta de soldado, su compañera en la desgracia final, ahí, pegada a él, o tirada cerca. Con sus correas viejas y sus hierros oxidados.

La gente que lo encontró, en esos tiempos duros, no se hacía muchas preguntas. Vieron al muerto, vieron que era un soldado, y entendieron que la guerra, de alguna manera, había terminado para él en ese preciso lugar. No podían cargarlo hasta el pueblo, que quedaba a buen trecho. Así que, con la poca pala o machete que tuvieran, cavaron un hueco allí mismo, en la tierra de la loma. Fue un entierro a la carrera, sin curas ni responsos, solo el silencio del monte por testigo. Lo metieron en la fosa, con su fusil y lo poco que le quedaba, y lo cubrieron con tierra. Un anónimo más, devuelto al olvido.

Pero mire usted cómo son las cosas. Que un entierro tan simple, tan sin importancia aparente, fue lo que cambió el nombre de ese lugar para siempre. La noticia, como todas las de muerte en el campo, se corrió de boca en boca. La loma donde encontraron al soldado. La loma donde lo enterraron con su fusil. La loma... la loma del muerto.

Y el nombre prendió. Se pegó a la loma como la maleza después del invierno. Los viejos empezaron a llamarla así, los muchachos la señalaban con un poco de miedo respetuoso, y hasta los arrieros, cuando pasaban a lo lejos, decían: "Allá está La Loma del Muerto". Dicen las lenguas, que en las noches muy quietas, si uno presta atención, el viento que sopla por esa cumbre suena a veces como un lamento, o quizás es solo el monte quejándose de las historias que le tocó guardar.

El caso es que ahí sigue la loma, con su nombre. Ya no es solo la Loma del Quitasol para la mayoría. Es La Loma del Muerto. Un pedazo de tierra que guarda la memoria de un soldado desconocido, perdido en una guerra vieja, y que le dio su nombre a un lugar para que nadie olvidara, del todo, que por allí, un día, la muerte puso pie y se quedó, marcada en el paisaje con un nombre que suena a tumba solitaria. Y así será, me imagino, hasta que el tiempo borre los nombres y las lomas.

# Capítulo 11

# *La Barra de la Nariz del Diablo*

E

n el tiempo de la carretera se incrustaban barras de acero para colgar manilas de cabuya y trabajar colgados de ellas, luego las sacaban, pero una de ellas no se pudo sacar, en ella miraban al diablo bailar sobre la barra, por eso le pusieron el nombre a ese punto de la *“Nariz del diablo”*, en ese precipicio era de gran peligro por los carros que se les iban los frenos o al dar paso a otros carros.

Un transportador de oro de Barbacoas a Pasto que se llamaba Braulio Montenegro él lo transportaba en su propio carro tipo berlina de los años 40, al dar una curva, el carro se salió de la carretera que era destapada en ese tiempo y las llantas delanteras quedaron bailando en el abismo y las traseras apenas tocaban la carretera, comenzaba a mecerse y próximo a caerse, en su desesperación gritando con toda su fe dijo

* *“Virgen Santísima de las Lajas, ayúdame y te pondré en este sitio”*

la voluntad de la Santísima se hizo verdad y Don Montenegro en agradecimiento le construyo una gruta a la Virgen y desde ese entonces los accidentes casi no se presentaban y las tentaciones del demonio, luego al pasar la ampliación de la carretera y la pavimentación por el año de 1989, se construyó un balcón, una especie de plazoleta para ampliar la carretera ya que la piedra de la peña es muy dura para romperla y no se tocó la gruta de la Santísima, desde ese entonces se llama *“El Balcón de la Virgen”.*

# Capítulo 12

# *La Vuelta del Chivo*

E

n el sitio denominado El Arco, hay una curva en la carretera, en ese tiempo de la carretera destapada salía un chivo en la noche, la gentes en ese entonces caminaba sin zapatos a pie limpio y cuando pasaban por allí, sentían que algo les lamia los pies se sobresaltaban y corrían del susto para luego ver correr un chivo que echaba humo por la trompa y sus ojos ardían en un rojo como los tizones de la candela del fogón y queda un olor a azufre en el aire.

Una noche mis tíos y el doctor Zabala pasaba por ese sitio, bajaban de un viernes Santo desde Piedrancha ya entrada la noche cuando escucharon un grito fúnebre, ellos se asustaron y les pareció ver el chivo corriendo

A medio kilómetro de allí, bajando la carretera en un punto llamado El Corte; denominado así porque parece que la peña se hubiese separado formando un cañón o acantilado profundo, que casi no llegaba la luz y permanecía siempre húmedo, a más de eso deshabitado, mi tío Miguel y un amigo de el en su época de juventud fueron a sacar un toro de un potrero que quedaba cerca de allí

# Capítulo 13

# *La Historia de Don Cachero*

U

n señor oriundo de la ciudad de Pasto que tenía de sobrenombre “El Cachero” compro la finca de lo que hoy es Dolores, en ese tiempo se llamaba Pipulquer hace 200 años aproximadamente, tenía sembrados de café arábigo, era dueño de todo lo que comprendía Dolores, el llano, Puerembi, Betania, tenía un serpentón de cobre para destilar aguardiente de guarapo de caña. Con el vivían cera de 3 familias de negros esclavos, pero los trataba como si fueran familia, el día que murió lo lloraron varios días estas familias así también tenía familias de criollos cultivando café, caña de azúcar, cosechaba el café y lo enviaba a Londres Inglaterra, pero en día en un viaje de Pasto a la Finca en un caballo que se demoraba un día, en el sector que se llama el corte, el camino era al filo del precipicio, el caballo se resbalo durante una tempestad que estaba en ese momento, los caminos eran de herradura en ese entonces, el caballo con su jinete cayeron al rio y se murió don Cachero, los hijos vinieron por el cadáver y al poco tiempo vendieron esas propiedades por precios irrisorios.

Dolores lo compro un señor Villota del Ecuador, al fallecer el hijo y la viuda vendieron lo terrenos al señor Abelardo Regalado, cuando lo vendieron, no había billetes sino monedas, entonces llegaron con una mula cargada unas petacas de cuero con las monedas para el pago, pero Don Abelardo traía consigo a un señor pera que sirviera de intermediario y le prestaran la plata, con lo cual nunca regreso el deudor.

Don Villota dejo únicamente el pedazo de Dolores y lo dieron en parte de pago a las niñas Dastes por el pleito con Don Abelardo Regalado. La viuda de Don Villota y su hijo se quedaron viviendo en Cabuyal con el pedazo de Dolores, eran de familia de la Alta de Pasto, contaban que el aseo y la pulcritud de la casa era como de ciudad. El hijo termino degenerándose bebiendo guarapo en las cantinas.

Las niñas Dates venían frecuentemente de paseo, ellas tenían una casa de madera y teja cerca del cerco donde actualmente vive la profesora Socorro Alvarado.

Luego la finca la compro Don Manuel Unigarro para luego comprarla el Abuelo Nicomedes.

Los negritos quedaron desprotegidos al morir Don Cachero, ellos vivían en el otro lado, cerca de donde vive Don Ciro Caranguay en la mata de Guadua, la Bisabuela Pastora la llamaba a la Matrona

* *“Mamá Ciringa…. Venga a llevar el almuerzo”*

Le gritaba desde la peña que quedaba al frente de la casa. Luego de la muerte de don Cachero esas se regresaron para el Chota – Ecuador ya que se dice que venían de allá.

La descendencia que dejaron doña Purificación y Doña Natalia que son las bisabuelas de las Molinas.

# Capítulo 14

# *El Salado*

E

n tiempo antiguo no había sal como ahora, en paquetes y lista en la tienda, sino que cada quien cocinaba el agua sal para extraerla. Para obtenerla se iba a los salados que quedaban en San Miguel. Contaban que varias personas miraban que salía un rey cuando se abrían las peñas y salía con bloques de sal en las manos y le repartía a la gente que se encontraba en el lugar, aluno decían que alcanzaban a ver un palacio encantado dentro de las peñas.

Para el consumo y guardado, como no existían los empaques de plástico, la gente la guardaba en mates hechos de los cocos.

La sal ya no se está haciendo masa, permanece como si fuera polvo, la humedad del ambiente en Cabuyal se está perdiendo.

# Capítulo 15

# *La Huaca del Tatarabuelo Angel*

E

n tiempos del camino de a pie a Barbacoas llamados “Angosturas”, ya que solo cabía un hombre a pie y de tanto caminar ya se había hecho zanjas, un señor de la sociedad de Barbacoas que comercializaba con oro salía hacia la ciudad de Quito, en el sector de Junín cuando pernoctaba soñaba una casa de una señor Angel López en el sector de Cabuyal, lo soñó con todos sus hijos y una voz que le decía que se quedara en esa casa.

El señor que provenía de Barbacoas llego pidiendo posada y se quedó ocho días, pero había una detalle curioso, el salía todas las mañanas hacia la chagra que quedaba al lado izquierdo de la casa y se demoraba toda la mañana, pasados los ocho días le dijo al don Angel que le agradecía el hospedaje y le conto del sueño que había tenido y le comento que el sueño, un personaje le decía que la huaca la deberían sacar a medias que él ya había ido a buscarla y todas las señales coincidían con las que vio en la visión y el alma le había dicho y que al regreso de quito la sacarían.

El señor iba hacia Quito para realizarse una operación, pero durante la operación este falleció.

Contaban que por el sitio miraban unos pollos que corrían en la noche, un alma cruzar, han buscado la hueca, pero esta se corre del lugar cada vez que la buscan.

# Capítulo 16

# *Los Aquilinos*

U

n par de viejitos que venían de los güaicos de Linares, la viejita vestía múltiples folleras de variados colores como si fueran pétalos de rosa, la viejita se derrumbó de la casa, vivían al frente de donde don Rosendo Álvarez, los descendientes de ellos no tuvieron hijos.

Usaban pantalones de bayeta remangados al tobillo, ruana y no usaban zapatos, caminaban a pie limpio, tuvieron 4 hijos Don Pacho, Don Enrique, La nieves, murieron dos hijos derrumbados, otra teniendo el primer hijo, ellos eran de apellido Villareal.

# Capítulo 17

# *La Niña de la Planada*

En el tiempo antiguo, en la el sitio conocido como Chucunes, vivía una familia de agricultores pobres, una noche se asustaron las gallinas en el gallinero, los padres enviaron a una de sus hijas, una niña de unos 17 años que se levantara a mirar que pasaba, si era un animal del monte el que asustaba a las gallinas ya que por las noches suelen escabullirse las raposas[[6]](#footnote-6) o chucuros[[7]](#footnote-7), eso era cerca de la media noche. La niña obedeció y salió hacia la parte de atrás de la casa, pero nunca volvió a entrar a la casa, los padres preocupados comenzaron a buscar a la niña en todos lados, en la chagra, la montaña, donde los vecinos y familiares, pero no la encontraron, nunca se supo más de ella. Cerca de unos dos años unos cazadores que cazaban en la que ahora es la Reserva Natural de la Planada, en ese entonces era montaña virgen, encontraron una choza y dentro de ella un esqueleto que por sus ropas dieron que pertenecía a la niña extraviada, también encontraron un fogón que tenía ceniza, lo que parecía que allí cocinaba ella, se dice que posiblemente un enamorado de ella la rapto, la tuvo con vida por algún tiempo y luego la mato.

# Capítulo 18

# *Míster Run*

E

n tiempos de comienzo de la segunda guerra mundial, llego de la ciudad de Pasto un Alemán huyendo de la guerra, porque por orden del gobierno de Colombia, era deportados a todas la personas de origen Alemán.

Míster Run llego con tres hijos pequeños y una sirvienta, sin esposa y se estableció en el sector llamado El Carmelo, cerca de Piedrancha, en una finca llamada El Arracachal, venia en un jeep de color verde militar o verde oliva, construyo una casa y en ella instalo un dinamo con una rueda Pelton, en su tiempo fue la única casa que tenía electricidad, además fue la primera persona en tener una despulpadora de café.

La casa quedaba escondida cerca de la quebrada de la Tía Olegaria, hermana de mi bisabuela Ninfa, con la quebrada daba energía al dínamo, los muchachos iban por la noche a oír charlar y conversar con él. Cuentan que era una persona noble e inteligente que construía sus propias maquinas, tenía un radio, el único en la región y un mapa de Europa y daba las indicaciones de como avanzaba la guerra y a veces tenía que explicar con señas por el idioma.

Al terminar la guerra se fueron de vuelta a Pasto y montaron un taller.

La propiedad del Arracachal era de Don Luis Regalado y era quien lo protegía.

# Capítulo 19

# *La Vuelta del Chivo*

E

n la vereda del Arco existe una curva en la carretera en la cual se decía que salía un chivo, la gente que en ese entonces caminaba descalza y cuando pasaban por ese sitio, sentían que algo les lamía los pies y que de repente miraban un chivo correr, este echaba humo por la nariz, los ojos eran de color rojo y dejaba un olor a azufre.

Una noche pasando mis tíos y el doctor Zabala que en ese entonces eran jóvenes en la vereda, escucharon un grito fúnebre, ellos se asustaron, a medio kilómetro de allí, bajando la carretera, hay un punto llamado el Corte, es un acantilado pequeño pero profundo y lleno de maleza por lo cual no llega casi la luz del sol, a más de eso es deshabitado. Mi tío Miguel y un compañero de él, fueron a sacar un toro, vieron a una mujer vieja con un vestido de todos los colores, con unas folleras tejidas grandotas, ellos se asustaron igual que el toro, este salió a toda carrera cuesta arriba y bufaba del susto.

En el Corte han ocurrido bastantes muertos y accidentes de carros, el tío Miguel se cayó una noche en bicicleta, la carretera destapada y quedo enredado en una mata de nudillos[[8]](#footnote-8), pero se partió el labio superior.

# Capítulo 20

# *La vieja que cuidaba la plata y no dormía*

C

erca de la quebrada de donde ahora vive dona Luz Molina en Cabuyal, vivía una señora en una casita de madera con techo de hoja de caña, en ese tiempo era el camino de la recua, cada vez que bajaba o subía gente por allí, ella les gritaba que n pasaran por ese sendero, que por allí no era camino. Esto lo hacía para que no le robaran la plata que tenía guardada en unas petacas[[9]](#footnote-9), en aquella época, se maneja el oro y sobre todo la plata como moneda.

Una noche pasó un hombre alto vestido de negro y le pidió que le guardara una vela grande de cebo, que al día siguiente regresaba por ella. El hombre nunca pasó por su encargo, pero la curiosidad le hizo preguntarse:

*“¿por qué será que este señor no pasa por su encargo?”*

Se fue a ver dónde tenía guardada la vela, al abrir la puerta del escaparate, vio para su asombro que era una canilla de muerto, tanto se asustó, que nunca más volvió a cuidar su plata, no gritaba a las personas que pasaban por el camino, se volvió muy callada y retraída. Se dice que el entierro de la plata de doña sigue allí y hasta ahora lo buscan, que lo enterró en una olla de barro debajo de la en ese entonces era su casa.

# Capítulo 21

# *El cuento de la cucarachita mandinga*

U

na cucarachita muy bonita iba caminando por el camino veredal, de repente se encontró un real, la cucarachita saltaba de alegría y pensaba que me compro con esta moneda y se puso a pensar:

*Si me compro pan, se me va en harinas, si me compro queso se me va en suero*

Entonces ella se compró una vara de medir y una cinta azul celeste que brillaba con el sol. Con la vara midió la cinta y la corto lo suficiente para ponérsela en la cabeza, ella se miraba en el espejo lo bonita que había quedado y dijo:

*Con esta cinta que brilla como el cielo, me voy a buscar marido.*

En el camino se encontró con el perro, este le pregunto qué hacia donde iba, ella le contesto a buscar marido voy, entonces él le propuso que se casara con él, entonces le preguntó la cucarachita si sabía cantar, claro que sí respondió el perro y comenzó a ladrar muy fuerte, la cucarachita se asustó y salió corriendo del lugar.

Luego que se repuso del susto, ya caminaba más despacio, se encontró con el gato, él le pregunto qué hacía, ella le contesto buscando marido, entonces él le propuso que se casara con él, entonces le preguntó la cucarachita si sabía cantar, sí respondió el gato y comenzó a maullar, la cucarachita se asustó y se fue lo más rápido de allí.

# Capítulo 22

# *La Carne Ahumada*

L

as carnicerías eran escasas por no decir que no había, funcionaban una vez a la semana, entonces se sacrificaba una res o muchas veces se derrumban por lo laderoso de los potreros sobre todo en la montaña por los lados de Puerembí o Betania. Las postas se bajaban en canastos hechos por el abuelo Nico, él no lo hacía con el tejido tradicional el cual era más tupido sino ralos, de ojo grande, como un exágono, a estos se los llamaba záparos, su tamaño era de unos sesenta cm de alto por cuarenta cm de ancho y 30 cm de largo aproximadamente, a estos se les colocaba una cargadera tejida en cabuya y se cargaban en la frente.

Una vez que se conocía la noticia del suceso, se llegaba al lugar se sacrificaba al animal si estaba en mal estado o de lo contrario se procedía a arreglarlo, se separaba la piel de la carne y se la despostaba sacando el menudo aparte, este se lo regalaba a los peones en parte de pago por la ayuda prestada o se dejaban las tripas para hacer morcillas, rellenas de yuyo, teta de guineo, cebolla, ajo y demás condimentos.

La carne se salaba con sal de grano o nitro, esta se guardaba en caparazones de coco, tenía un color amarillo quemado por estar cerca del humo de las tulpas, pero se lavaba y quedaba lista para su uso al tiempo que por la humedad de la región se le echaba agua y se servía a la mesa como agua sal. Una vez que se salaba la carne, se subía a las talanqueras, una especie de andamios hechos con chaclas que mandaban a mis tíos o mi Mamá cuando eran pequeños a cortar, las traían y pelaban la cascara con peinillas bien afiladas; la forma de la talanquera era una escalera horizontal que se subía sobre unos pilares de palos de morochillo. La carne una vez colgada, se secaba al sol, no se preocupaban de las moscas, pues no había y la carne tampoco se podría con facilidad, sino que curtía.

Las talanqueras se hacían tras de la casa en la chagra o en el patio del bagazo en un trapiche que antes funcionaba, a unos trescientos metros de la casa. Los cuidadores de tan valioso tesoro no eran otros que los singulares Santiago y Don Arsenio, la cuidaban de los perros de los vecinos e incluso del mismo de la casa porque en ese entonces ni los gallinazos asomaban.

Este dúo sacaba su pedazo de tesoro posiblemente adelantando su pago y lo asaban en tulpas improvisadas, al tiempo que se cocinaban unas ollas de guineos guato y el bajante no era otra cosa que guarapo fermentado en totumos producto de las moliendas de mi abuelo, esto le ocasionaba las grandes chumas a este par simpático.

Dentro de la casa la carne se colgaba en las palanganas, unos aros de varitas de planchil, ya que son flexibles y luego se tejían con bejucos, estas se colgaban de los palos del techo de la cocina que se llegaba por medio de una escalera hecha de un solo tronco a la que le hacían muescas para apoyar el pie. Estas palanganas también servían de alacenas ya que en lo alto de la cocina se evitaba que los animales alcanzasen. Allí se almacenaba la sal, el arroz que lo cultivaban en Barbacoas y lo comercializaba la tía XXXXX, el arroz lo vendía en unas canastillas largas tejidas de algo parecido al material de la tetera de la cual se hacen las trenzas para fabricar los sombreros, la manteca hecha de tocino de cerdo la vendían empacada en tubos de guadua.

La carne una vez seca por el humo y curtida por la sal, se bajaba de las palanganas que estaba en el soberado y se cortaba en pedazos lo suficiente para el consumo de ese día, luego se los ponía a remojar para ablandarla, esta era de un color rojo vino tinto por el humo y la sal, una vez que estaba blanda se asaba o se le echaba al sancocho de maqueño verde.

Algunos residentes de la vereda incluida la tía Rosario sacrificaban marranos ya que la escasez la hacía muy apreciada en Barbacoas, ya que Tumaco no se accedía por la carretera que opera actualmente, sino que se hacia el trayecto llegando a Barbacoas y luego navegando por el rio hasta llegar al mar y luego al puerto. Las partes que se curtían con sal de grano o nitro eran los cuartos delanteros y traseros, lo demás se dejaba para el consumo local, la carne se ponía de un color rojo cerezo y la llamaban carne serrana, de esta forma aguantaba el viaje hasta Barbacoas y Tumaco por los caminos de a pie, se empacaba en fardos de hoja de bijao y paja.

El tocino que en aquel tiempo se miraba el grosor por dedos de ancho llegando a medir hasta una cuarta si era un animal gordo y gigante, lo común eran dos y tres dedos de ancho; parte se sacaba para hacer manteca y el resto se lo enrollaba para transportarlo. Al cerdo una vez que le sacaban el tocino y las vísceras quedaba solo la carne, a esto lo llamaban un salón lo que ahora se denomina carne en canal, así mismo de la provincia traían salones de borregos cargados en caballos, los arrieros gritaban.

* ¡Vendo un salón de borrego!

De los criadores de puercos más grandes era Don Abelardo Regalado, en la finca del Llano, estos animales crecían silvestres, comiendo yerba, abundante guayaba y helechos, no había chiqueros, sino que los criaban en los potreros, esto hacía que los animales sobre todo los machos fueran ariscos al ver a la gente y crecieran casi como un ternero de alto, eran de color negro y parecían jabalíes por su tamaño y los colmillos que les crecían y sobresalían. Cuando los vendían, el comprador ya sabía que no los podían llevar vivos, dado que era muy difícil cogerlos y lo otro que se tiraban y atacaban a la gente por defenderse, por lo que optaban por matarlos en el lugar, para esto contrataba un buen tirador y con un tiro de escopeta de las que se cargaban por el cañón y una munición grande como del tamaño de una bola de molino lo sacrificaban y en el sitio lo despostaban cuidando que los demás de la manada no atacasen ya que no dejaban de ser peligrosos.

# Diccionario

Revista de Mallama

<https://issuu.com/gestiondeproyectos/docs/revista_chinde_ene30_2011>

<https://issuu.com/11blabmagg68/docs/6sdcsdc>

1. Provincia: Nombre dado a las regiones frías de la cordillera [↑](#footnote-ref-1)
2. Guaico: nombre dado a las regiones calientes encerradas en la cordillera [↑](#footnote-ref-2)
3. Bestias: Caballos [↑](#footnote-ref-3)
4. Arrumbrado: Oxidado [↑](#footnote-ref-4)
5. Tronchaduras: Luxaciones [↑](#footnote-ref-5)
6. Zarigüeyas [↑](#footnote-ref-6)
7. Comadrejas [↑](#footnote-ref-7)
8. Variedad de pasto que crece en las laderas de la carretera [↑](#footnote-ref-8)
9. Maletas de cuero [↑](#footnote-ref-9)